

Diego Arboleda

La válvula del señor Bisiesto

I. Val de V

El 29 de febrero de 1916 fue un día especial en el que, en un lugar especial, a alguien especial le ocurrió algo especial.

Es una frase un poco complicada para comenzar un cuento, sí. Así que intentaremos explicarla.

¿Por qué fue un día especial? Porque 1916 fue un año bisiesto. Es decir, uno de esos años que tienen un día más. A menudo pensamos que el día más especial del año es nuestro cumpleaños, o Nochevieja o Navidad. Pero no, el día más especial es el 29 de febrero, porque solo hay un 29 de febrero cada cuatro años. Pues bien, nuestra historia sucede justamente en uno de esos días tan poco corrientes.

El 29 de febrero de 1916 Europa estaba en guerra. La Gran Guerra, la Primera Guerra Mundial. Pero nuestra historia no sucede en el campo de batalla, sino en un pequeño pueblo escondido en los Pirineos, Val de V.

Val de V era un lugar especial porque era un pueblo donde todo tenía que ver con la letra v. El pueblo estaba en un valle, en un valle con forma de v. En las laderas del valle se encontraban las casas y las vides, con las que hacían vino. En el fondo del valle, en la mitad de la v de Val de V, discurría un río, y había una zona húmeda llena de huertas, zona que todos los habitantes llamaban la vega.

Era tal la obsesión por la letra v de los habitantes de Val de V, que allí todos los nombres y apellidos empezaban por v: desde Valerio Vela, el alcalde, a la señora Valentina, la maestra, pasando por los niños, como el pequeño Víctor; los adultos, como los señores Vicente y Violeta Vallés e incluyendo a Vitorio Veleta, el jefe de estación...

Cuando el cartero de la zona veía un sobre dirigido a una persona con nombre y apellidos con v, sabía que, casi con toda seguridad, tendría que llevar esa carta a Val de V.

Todos y cada uno de los que vivían allí portaban la letra más amada en ese pueblo. A los que nacían los bautizaban con un nombre con v y a los pocos que se mudaban a ese alejado lugar les invitaban a cambiar su nombre por otro más adecuado. Los cambios de nombres antiguos daban lugar a palabras sin duda extrañas, como Voberto, Varía o

Vavier. ¿Vuestro nombre empieza por v? Si es así habéis tenido suerte. Si no, cambiadle la primera letra. Sonará raro de verdad.

Como véis, Val de V era un lugar realmente especial, pero, para continuar con nuestra historia, ahora hemos de encontrar al habitante más especial de este pueblo. Y en un sitio en el que todos tienen nombres con v, podemos asegurar que la menos corriente de las personas era justo el único vecino cuyo nombre no empezaba por v: el señor Bisiesto.

II. El señor Bisiesto

El señor Bisiesto era un anciano elegante, de mirada amable y pelo permanentemente despeinado. En 1916 tenía 20 o 80 años, según se contaran los años. El viejo Bisiesto había nacido, como os podéis imaginar, un 29 de febrero. Por eso, solo celebraba su cumpleaños una vez cada cuatro años y, en teoría, podía ser al mismo tiempo un viejo de veinte años o un jovencito de ochenta. Eso en teoría, claro. En la práctica, era un anciano apoyado en una bastón, al que le gustaba pasear por ese valle de uvas y de uves.

Cumplir años solo una vez cada cuatro, podría parecer una faena, pero el viejo Bisiesto era la excepción, la única B en un pueblo de uves, y en su cumpleaños siempre recibía un regalo excepcional, un regalo que nadie compraba, sino que la casualidad llevaba hasta el pueblo.

En su primer cumpleaños, es decir, cuando todos los demás cumplirían cuatro, su padre encontró un cuaderno plateado en un nido de urraca. En las tapas del cuaderno se leía *Feliz cumpleaños*. Como nadie reclamó el cuaderno, decidieron regalárselo a la única persona que cumplía años aquel día, Bisiesto.

El cuaderno fue solo el primero de los regalos.

El 29 de febrero en su segundo cumpleaños, descubrió, asomando en la nieve, un trébol de cuatro hojas. Bisiesto guardó el trébol entre las páginas de su cuaderno y anotó: *1840*.

Trébol de la suerte.

Los regalos que encontraba por casualidad siempre eran cosas poco corrientes. Encontró una máscara de carnaval, una trompeta verde, una caja de música, un lápiz de dos colores, un cazamariposas, y así, un montón de cosas, que Bisiesto fue anotando cada año en su cuaderno plateado.

Todos en el pueblo conocían y apreciaban a Bisiesto. Estaban acostumbrados a que su nombre empezara por B y también a que cada cuatro años apareciera por casualidad algún objeto poco común que le sirviera de regalo.

Por eso, cuando el 29 de febrero de 1916 el tren dejó en la estación de Val de V un extraño paquete, una caja de madera que no iba dirigida a nadie, los habitantes del pueblo no dudaron.

—Debe de ser el regalo de cumpleaños de Bisiesto —dijo Vitorio Veleta, el jefe de estación.

—Sin duda —coincidió el alcalde.

—Seguro —confirmaron todos.

—O a lo mejor no —añadió Veleta de repente.

Pero nadie le hizo caso porque todos en el pueblo sabían que Veleta siempre cambiaba de opinión.

El jefe de estación fue el encargado de entregarle el paquete a Bisiesto. Este lo observó durante un rato, moviéndose en torno a él con una mano en la barbilla y otra en el bastón. El paquete era una especie de caja de madera. Con unos agujeros protegidos con alambre, a través de los que se veía dentro algo de cristal.

Ninguno sabía lo que era, pero sí suponían que debía ser algo frágil y procedente de Francia. Porque en la caja de madera ponía en francés: *TRES FRAGILE, a Manutentionner avec précaution*. MUY FRÁGIL, manejar con precaución.

El paquete no tenía ninguna indicación más, salvo en la parte de arriba donde había un cartel en el que ponía *Valvule*.

—¿Qué es? —preguntó Vitorio Veleta.

—Aquí pone que es una válvula —respondió Bisiesto señalando el cartel con su bastón.

—¿Y que és una válvula?

—Ni idea.

—A lo mejor da suerte, como el trébol —dijo Veleta.

—O hace algún ruido, como la caja de música —propuso Bisiesto.

—O a lo mejor no sirve para nada, como el trébol —dijo Veleta cambiando de opinión.

—El trébol sí sirve, da suerte.

—A lo mejor es una válvula de la suerte.

—Puede ser.

—O a lo mejor no da suerte.

—No empieces, Veleta.

Y Bisiesto abrió su cuaderno plateado y apuntó: *1916. Válvula (quizá de la suerte)*.

III. El espía y el contraespía

Durante mucho tiempo, nadie volvió a preocuparse por la válvula. Por un lado, porque nadie sabía para qué servía. Y por otro, porque ya había pasado el 29 de febrero: una vez que ha pasado ese día, un año bisiesto es como todos los demás años.

Y así fue hasta que, en la primavera, apareció el espía francés.

El espía no apareció solo, sino que llegó acompañado por otro hombre. Vinieron los dos montados en una bicicleta tándem, una de esas bicicletas con dos juegos de pedales, en las que montan dos personas al mismo tiempo.

El espía francés llegó agotado, con la cara roja y el cuello de la camisa empapado en sudor. Subir hasta Val de V en bicicleta costaba mucho esfuerzo, pues las cuestas de aquellas montañas eran muy empinadas.

Cuando le preguntaron por qué había ido hasta allí en bicicleta en lugar de usar el tren exclamó:

—¡Sabotaje! ¡Alguien me ha robado los billetes de tren!

A continuación el espía explicó a todos dos cosas:

1. Que el sabotaje es el arte de los espías de estropear los planes de otros espías.
2. Que la válvula que Bisiesto había recibido como regalo de cumpleaños era una pieza importantísima del Centro Sur de Radiocomunicación del ejército francés.

E insistió en que le llevaran hasta la válvula.

Instantes después, cuando la vio, dio un grito de alegría.

Recuperar la válvula era para él de vital importancia. Su capitán en el Centro Sur de Radiocomunicación le había encargado personalmente que la devolviera (al parecer, al transmisor del Centro le faltaba una válvula como esa). Si el espía la recuperaba, recibiría una medalla por ello, una brillante medalla de espías (al parecer, al espía le faltaba una medalla como esa).

—Esta válvula servirá para nuestra comunicación —dijo el espía entusiasmado—
¡Batallas, medallas, gloria!

Bisiesto nunca se había planteado que su regalo fuese tan importante.

Dentro de esa caja de madera y alambre se encontraba una pieza de vidrio que servía para aumentar la potencia de las señales eléctricas. Era un objeto de cristal, bello y delicado, con unas piezas de metal en su interior.

A Bisiesto le recordaba a esas botellas que vendían en los puertos, esas botellas que tenían un barco en miniatura dentro. Pero la válvula no contenía ningún barco en miniatura, sino unos pelos metálicos por los que la electricidad salía reforzada y permitía

al ejército comunicarse mejor y más lejos con sus hombres.

—Muy bien, ya sabemos para que sirve esa válvula —dijo Bisiesto—. Lo que no sabemos es por qué la enviaron aquí.

—¡Sabotaje! —respondió el espía francés—. El servicio de contraespionaje alemán borró la dirección del Centro Sur de Radiocomunicación. En el paquete solo ponía *Valvule* y, como era un nombre con v, Correos lo trajo aquí.

—Parece lógico —dijo Veleta.

—Sí —dijo Bisiesto.

—Aunque ya no me parece lógico —se corrigió Veleta.

—Lo sé, Veleta, lo sé.

El alcalde frunció el ceño y preguntó con voz grave al francés:

—Dígame, señor, sospecha usted de quién puede estar sabotando sus planes.

—Por supuesto, sospecho de este señor que me acompaña.

Todos se fijaron en el otro hombre que había venido subido en la bicicleta tándem. El aludido sonrió, y saludó con el sombrero descubriendo un cráneo pelado y redondo.

—¿Por qué sospecha de él?

—Porque me ha estado acompañando todo el camino y no ha dado ni una pedalada mientras subíamos. Lo que resulta muy sospechoso. Ah, y porque es alemán.

El alcalde se dirigió al desconocido:

—¿Es eso cierto, señor?

—Todo cierto. Palabra por palabra.

—¿Es usted un espía?

—Contraespía, para ser exactos.

—¿Contraespía?

—Sí, de hecho soy *su* contraespía —puntualizó señalando a su compañero de bicicleta—. Saboteo todo lo que este espía francés hace.

—¡Dios mío! Eso debe ser agotador.

—Sobre todo para mí —bufó el espía francés.

—Para mí no, me gusta mi trabajo —explicó el alemán—. Soy muy eficiente.

—Y que lo diga —replicó el francés—. Me tiene harto. Así no hay quien consiga una medalla.

El alcalde no supo qué decir en ese momento, pues nunca habían tenido espías en el pueblo. Y por unos segundos se instaló allí un silencio que al final rompió Bisiesto.

—Entonces han venido ustedes a llevarse esta válvula.

—Sí —dijo el francés.

—No —dijo el alemán—. Él ha venido a llevársela y yo a impedir que se la lleve.

—Pero la válvula ahora es de Bisiesto —objetó Veleta—. Es su regalo de cumpleaños. No pueden llevársela.

—¿No puedo? —se asombró el francés.

—No, no puede —corroboraron todos los vecinos allí presentes.

—Aunque a lo mejor sí que puede llevársela —se corrigió Veleta—. Por culpa de la guerra.

—La cuestión —dijo el alcalde— es que la guerra se declaró hace solo un par de años, mientras que Bisiesto lleva recibiendo regalos cada 29 de febrero mucho más tiempo, durante ochenta años.

—O veinte —dijo Veleta— según los cuentos.

—Eso, veinte —confirmó Bisiesto.

—U ochenta —añadió Veleta.

—Este hombre es insoportable —dijo el francés.

El alemán, en cambio, miró con curiosidad a Veleta.

—¿Puede o no puede llevársela? ¿Ochenta o veinte? ¿Qué es usted? ¿Otro contraespía?

—Algo parecido —suspiró Bisiesto—. Algo parecido.

IV. Dos nuevos vecinos

Durante los meses siguientes, el espía francés intentó robar en diversas ocasiones la válvula.

Al principio, a Bisiesto le preocupó que alguien quisiera llevarse su regalo. Pero pronto se dio cuenta de que, cada vez que el espía francés intentaba robar la válvula, el contraespía alemán lo impedía.

Harto de la situación, el espía francés decidió abandonar el pueblo y partir en busca de ayuda. Pero el contraespía alemán saboteara todas las posibilidades del francés de abandonar Val de V. Desinflaba las ruedas de la bicicleta tándem, le robaba los billetes del tren, estropeaba el despertador del francés, cambiaba los carteles de los caminos o modificaba la brújula del espía para que este se perdiera en el bosque.

Para colmo, el alcalde los alojó en el único edificio que quedaba libre en el pueblo, el viejo molino. Ambos espías se veían obligados a convivir, como si fueran un par de amigos de vacaciones en la montaña.

Bisiesto los veía al pasar frente al molino, en sus paseos diarios.

—Buenos días —les saludaba.

—*Guten Morgen* —respondía el alemán.

—Sabotaje —gruñía siempre el francés.

Tan enfadado veía Bisiesto al espía francés, que el anciano se sintió en la obligación de consolarle.

—¿Sabe? —le dijo un día—. Es mejor no luchar contra la casualidad. Yo nací un 29 de febrero por casualidad, y cada cuatro años, me llega un regalo el 29 de febrero, por casualidad. Es así. No tiene nada de malo. No hay que tomarlo tan a pecho.

—No, no, no... —refunfuñaba el francés—. Usted no tiene esa válvula por casualidad, la tiene por el sabotaje. Y yo no estoy aquí atrapado por casualidad, sino por el sabotaje. Nada de casualidad. ¡Sa-bo-ta-je!

Sin embargo, la casualidad volvería a golpear al francés poco tiempo después. El siguiente invierno, cuando los vecinos del pueblo, encabezados por el alcalde, fueron a hablar con los dos espías.

—Lo siento, deben cambiarse ustedes el nombre. Ya llevan demasiado tiempo aquí, y este pueblo tiene sus normas respecto a los nombres.

—¿Y si no cambio mi nombre me echarán del pueblo? —se ilusionó el francés.

—Sí —confirmó el alcalde.

—¡No! —se alarmó el alemán.

—¡Ja! Se acabó el sabotaje.

El alcalde puso su tono de voz más oficial y preguntó:

—¿Como se llama usted, caballero?

—Vincent Vidament, y no pienso cambiarlo.

—No hará falta, es un nombre perfecto, puede usted quedarse.

—¿Co... cómo que puedo quedarme? —se horrorizó el francés—. No, nada de eso, écheme.

El alcalde se encogió de hombros.

—Su nombre y su apellido empiezan por *v*, es usted perfecto para este pueblo —a continuación se dirigió al alemán—: Y usted, señor, ¿podría decirme cuál es su nombre?

—Por supuesto: Volker von Vorgrimler.

—¡Tres uves! ¡Magnífico! Por favor, le ruego que se quede en Val de V.

—La verdad es que aquí me siento como en casa —respondió el contraespía—. La *v* siempre fue mi letra preferida.

—¡¡Pero no la mía!! —protestó el francés— ¡La *v* no es mi letra preferida! ¡Es una letra

sosa, sin chiste!

—Oiga, no se meta con las uves —le advirtió el alcalde—. No se lo permito.

—Pues, por curiosidad —interrumpió Bisiesto—, ¿cuál es su letra preferida?

—La X. Esa sí que es la mejor letra. Como las aspas de este molino. La X es especial, está en muy pocas palabras. La X es misteriosa. La X marca dónde está el tesoro en los mapas de piratas.

Vincent Vidament arrebató el bastón a Bisiesto y, esgrimiéndolo como si fuera una espada, dio dos estocadas sobre la nieve, dos grandes rayas, dibujando una X.

—¿La veis? Es una letra estupenda. Los científicos con sus fórmulas intentan averiguar lo que es una X. La gente que no sabe escribir, firma usando una X. ¿Qué es una X? La X puede ser cualquier cosa. ¡Nadie sabe lo que esconde una X!

Bisiesto recuperó su bastón.

—No es para tanto. Yo sí sé lo que esconde una X.

—Él lo sabe —afirmó Veleta.

—¡Imposible! —gritó el francés.

—Entonces no lo sabe —dijo el jefe de estación.

—Sí, sí lo sé. Mire, es fácil.

Bisiesto dibujó con el bastón una X en la nieve. Pero no lo hizo como el francés, no dio dos sablazos sobre la nieve.

Dibujó primero la parte de arriba de la X: V.

Y después, la parte de abajo: **Λ**.

-¿Lo ve? Es fácil. Una X son dos uves.

El francés se quedó observando la que era su letra favorita. Después miró a Volker, el alemán. A continuación sus ojos se giraron hacia Bisiesto. Por último, devolvió la mirada a las dos uves dibujadas en la nieve.

Y luego gritó:

—¡Sabotaje!

V. La válvula de la suerte

Vincent Vidament se resignó a vivir en Val de V. Lo cierto es que su vida junto a Volker era agradable en aquel valle, lejos de la guerra.

A veces, sentía la tentación de intentar robar la válvula o escapar, pero como siempre era saboteado por Volker, por ello, cada vez lo intentaba menos. Hasta que dejó de intentarlo

por completo.

Ambos agentes militares abandonaron sus tareas de espías y se concentraron en su oficio de molineros. Especialmente el alemán, que pertenecía a una familia de panaderos y harineros, parecía entusiasmado con su trabajo en el molino. Cada vez, molía más y contraespía menos.

Pasaron los meses, y los espías llegaron a ser muy apreciados en el pueblo. Volker instaló un horno en el molino y comenzó a fabricar pan. Incluso inventó un delicioso bollo con sabor a vino, y lo hacía en forma de v, lo que entusiasmó a los lugareños.

Bisiesto los veía al pasar frente al molino, en sus paseos diarios.

—Buenos días —les saludaba.

—*Guten Morgen* —respondía el alemán.

—*Bonjour* —decía siempre el francés.

En noviembre de 1918, Vincent Vidament celebró su cumpleaños. Hicieron una cena en el molino y recibió felicitaciones por parte de todo el pueblo.

Fue un cumpleaños especial y no porque se celebrara cada cuatro años, sino por el regalo que le hizo Bisiesto.

Allí, adornada con un lazo rojo, estaba la válvula.

—¿Me la regalas? —se sorprendió el francés.

—Sí, es tuya. En realidad tú eres el único que sabe apreciarla en lo que vale. Yo ni siquiera sabía lo que era una válvula electrónica.

—Yo pensaba que era una válvula de la suerte —dijo Veleta—. Aunque ahora ya no lo pienso. O sí... O quizá no... O a lo mejor sí...

—Gracias —dijo Vincent mirando con emoción la caja de madera.

—No te confíes —avisó riendo Volker—. Te estaré vigilando.

Aquella noche, con la celebración del cumpleaños, se acostaron muy tarde. Había sido una buena celebración y, cuando terminó, todos cayeron rendidos en sus camas. Todos menos uno.

Vincent se sentía nervioso. No podía dormir. Se levantó y salió a la puerta del molino. Contempló desde allí el valle, esa v montañosa que se había convertido en su hogar.

La luna llena iluminaba el cielo, redonda y brillante como una medalla inmensa en el pecho de un gigante.

El brillo de la luna se colaba en el molino, atravesaba la malla de alambre de la caja de madera y creaba reflejos en el vidrio de la válvula.

Esos reflejos despertaron al espía que habitaba dentro de Vincent.

Se asomó al dormitorio de Volker. El molinero alemán dormía moliendo sus sueños alemanes a ronquidos.

Sin pensarlo dos veces, hinchó las ruedas de la bicicleta tándem, ató la caja de la válvula a la sillín trasero y huyó valle abajo.

—Tendré mi medalla —murmuró.

Y salió de la v de Val de V.

—¡Se ha marchado! —gritó Volker al día siguiente.

—Lo siento —se disculpó Bisiesto—. Es culpa mía, por haberle regalado la válvula.

—No, no... —se lamentó Volker—, es culpa mía. Me he dormido y se ha marchado. Soy un contraespía pésimo.

Bisiesto le puso una mano en el hombro.

—Qué importa. Eres un molinero estupendo.

Volker miró al molino. Lo cierto es que le gustaba más su vida de molinero que su vida de contraespía. Suspiró y sonrió.

—Una cosa está clara —dijo Veleta— Al final no era una válvula de la suerte.

Vincent Vidament había pedaleado con furia toda la noche y pedaleó también casi todo el día siguiente. Llegó hasta el Centro Sur de Radiocomunicaciones colorado, y con el cuello de la camisa empapado, igual que llegó en su día a Val de V.

—¡Capitán, tengo la válvula! —exclamó victorioso.

Los técnicos del Centro Sur de Radiocomunicación instalaron la válvula en el transmisor.

Vincent Vidament la miraba como quien observa un aparato milagroso.

¡Por la electricidad que aumentara esa válvula fluiría la voz, las órdenes a los ejércitos, la gloria en forma eléctrica gracias a esa válvula!

Y recibiría una medalla, una medalla de espía que brillaría como una luna llena en su pecho.

El capitán se dirigió a Vincent.

—Ha traído usted la válvula en el mejor momento. Va a tener la oportunidad de enviar el mensaje más crucial de toda la guerra.

¡El mensaje más importante de toda la guerra! Vincent se hinchó lleno de orgullo.

¡Batallas, medallas, gloria!

Pero el mensaje no contenía ni batallas, ni medallas, ni gloria.

—Comuniquen —ordenó el capitán—. Hoy, 11 de noviembre de 1918, la guerra ha terminado.

—La..., la... —tartamudeó incrédulo Vincent—. ¿La guerra ha terminado?

—Sí.

El francés contempló la válvula. No sabía qué decir. Sin guerra no tendría medalla. Una palabra nació en su cerebro, llenó su cabeza y salió en un grito por su boca:

—¡Sabotaje!

La noticia del fin de la guerra recorrió en seguida toda Europa. Llegó hasta los rincones más escondidos, como el pequeño pueblo de Val de V.

Bisiesto se enteró mientras desayunaba con Veleta unas de esas deliciosas uves de pan con sabor a vino, inventadas por Volker.

—Qué buena noticia —dijo Bisiesto.

—Puede que esa válvula sí fuera una válvula de la suerte —opinó el jefe de estación.

—Sí —coincidió Bisiesto—, al final trajo buena suerte.

Veleta se quedó pensativo. Comenzó a separar los labios, pero antes de que pudiera decir nada, Bisiesto le metió una uve de pan en la boca.

—¡Auf! —protestó Veleta, masticando el pan con dificultad—. ¿Pero por qué has hecho eso?

—Porque esta vez, querido Veleta, no pienso dejarte que cambies de opinión.

Diego Arboleda